

ALFONSO M. ESCUDERO y ELENA CASTEDO

ARTURO TORRES RIOSECO

H I J O D E Domingo Torres y Juana Rioseco, nació en Talca, el 17 de octubre de 1897.

Barrio humilde, hoy más humilde que ayer todavía. Calle Once Oriente y Tres Sur.

*Calle Tres Sur y Once Oriente,
donde mi madre vivía,
esponja de todas hieles,
de todo color sonrisa.*

Poder enaltecedor de la nostalgia: a la distancia, en el recuerdo, Talca, la prosaica, se transforma. Y así en palabras que García Prada probablemente bebió en Torres Rioseco, el original parece irreconocible:

“El paisaje andino de Talca lo presiden tres volcanes. Es variado y sorprendente. Domina y estimula al hombre, y lo convida siempre al ensueño que se torna ora sumiso, ora rebelde, ascensional. A mediodía la cordillera tiene contornos puros, firmes, cercanos y agresivos, y sus neveras adquieren un color blanco y verdoso, pálido y sutil. Cuando cae la tarde, se encienden en vivos celajes de oro, rosa y amaranto, que luego se destiñe lentamente. De noche, la cordillera se viste de gris y de plata y envuelve al valle en un suave resplandor, acariciándolo, a cambio de las nieblas nacaradas, iridiscentes, que éste le ofrece cariñoso”.

En 1909, Arturo Torres Rioseco entra al Liceo local, y allí permanece hasta concluir su secundaria a fines de 1914.

Dirige el establecimiento don Enrique Molina, y entre sus maestros cuenta a Alejandro Venegas.

Uno o dos años más arriba, hay un muchacho que después figurará mucho: Juan Marín.

Pero él parece preferir acordarse de la "grata compañía" de Roberto Meza Fuentes y Raimundo Echevarría Larrazábal.

Un día descubrió la poesía. Nos lo contó en julio de 1958, en LA NUEVA DEMOCRACIA:

"Hace ya tantos años —tantos, que de su número no quiero acordarme— iba yo, niño de doce años, camino del Liceo. Era una mañana de setiembre, primavera allá en Talca. El sol cortaba como fina navaja las hojas de los árboles; encendía los tejados con lento fuego, plateaba las aguas y dejaba destilar tibias mieles sobre mi corazón de niño. A lo lejos la campana del Liceo llamaba a clase, pero mis piernas avanzaban con perezoso desdén, se detenían indecisas, como juncos metiéndose en olas pequeñas. Yo era un niño muy serio en ese tiempo: andaba metido en logaritmos y ecuaciones, tenía un herbario, disecaba pájaros, y con crueldad de hombre de ciencia clavaba mariposas del aire en una caja con fondo de raso. Pero aquella mañana esa primera máscara de mi vida se había roto inesperadamente, y fue que al pasar por una librería vi en la ventana un libro intitulado *Rimas*. Entré y empecé a hojear el libro con curiosidad infantil; y al llegar al poema que decía:

*Los invisibles átomos del aire
en derredor palpitan y se inflaman;
el cielo se deshace en rayos de oro;
la tierra se estremece alborozada;
oigo flotando en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?,
¡Es el amor que pasa!*

ya no me pude contener y con voz de niño loco pregunté al empleado: "¿Cuánto vale?" (...) Me metí las *Rimas* de Bécquer bajo el brazo y salí corriendo de la librería.

Aquel minuto fue para mí definitivo: como el minuto del jugador que pone su fortuna en una carta, como ese instante en que el enamorado espera el sí, como el momento en que el soldado herido escudriña los ojos del doctor. El horario de mi vida está fijo en ese punto en

que un pobre hombre desconocido y recordado me hizo posible entrar en la amistad de un gran poeta. Mi entrada en la poesía.

Esas *Rimas* fueron leídas, comentadas, y más tarde imitadas por media docena de niños entre los cuales recuerdo los nombres de Juan Marín y Roberto Meza Fuentes, escritores hoy vastamente conocidos en América, y los de Raimundo Echevarría y Larrazábal y J. Cifuentes Sepúlveda, poetas muertos en plena juventud.

De Bécquer pasamos a lectura de Darío, Juan Ramón Jiménez, Eduardo Marquina y Julio Herrera y Reissig, y pronto dimos en considerarnos nosotros mismos poetas decadentes. Creo que nuestros primeros ensayos tuvieron la culpa de nuestra futura trayectoria, ya que fueron publicados en revistas santiaguinas como "Zig Zag" y "Sucesos", que no carecían de prestigio literario.

Nos alentaban en nuestros trabajos maestros ejemplares: Enrique Molina (...), y Alejandro Venegas (...). Decir que admirábamos a Darío, Herrera, José Asunción Silva y Juan Ramón, es casi definir el tipo de poesía que escribíamos. Nuestro estilo era en lo dariano barroco y excesivamente musical. Abundaban en nuestros versos los cisnes, las princesas, y creo que hasta figuraban en ellos los bulbules y los papemores. A Herrera le tomábamos las Alisias y las Glorias y las cornejas wagnerianas. A Silva, las resedas, las cámaras sombrías, las luciérnagas. A Juan Ramón, las arias tristes, los cristales violeta, la luna y el piano de Chopin.

Todo esto —a pesar de su puerilidad— es de grande importancia en la formación de un estilo generacional. Hay que notar que salíamos de Silva y de Darío para entrar en Herrera y Reissig y en Juan Ramón, lo que equivale a decir que pasábamos de lo becqueriano a lo parnasiano y, por fin, a lo simbolista. Éramos una generación en miniatura, o, mejor, la miniatura de una generación. Usábamos un idioma poético dentro de la fórmula modernista y yo creo que en la obra de un grupo pequeño de muchachos se podría estudiar un aspecto muy interesante de esta escuela. A veces en los escritores malos y en los escritores niños resaltan a fuego vivo los defectos de una escuela (...).

Al estallar la Primera Guerra Mundial nosotros teminamos el bachillerato y nos fuimos a Santiago. Sucedió que en 1914 tuvo Gabriela Mistral su primer éxito público en los Juegos Florales en que triunfaron sus *Sonetos de la muerte*. Allí en Santiago teníamos a nuestros "clásicos": Gabriela, Manuel Magallanes Moure, Max Jara, Pedro Prado, Carlos Mondaca. Y encontramos también una legión de jóvenes innovadores que formaron un poco más tarde la guardia

avanzada de los "istas", tales como Angel Cruchaga Santa María, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Manuel Rojas y todos los poetas, novelistas, pintores y músicos del grupo "Los Diez", que eran unos doce o trece" (*Despertar de poesía*, LA NUEVA DEMOCRACIA, N. York, julio de 1958; recogido en *La Hebra en la aguja*, Cultura, México, 1965, págs. 85-87).

En 1915 entró en Santiago, al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en Inglés.

Alumno de Lenz y Gálvez.

Mientras tanto, para sobrevivir, algo trabajó en *La Nación*, a pesar de su director Meza Olva.

Así, hasta mediados de 1918.

No estaba satisfecho. Quería salir de Chile. (Su madre ya había muerto antes de venirse él a Santiago). Un día se atrevió con el Dr. Gálvez:

—Mándeme a Estados Unidos.

—Para eso hay que comenzar por ser buen alumno.

—No soy buen alumno, porque no veo porvenir en lo que hago. Mándeme, y verá cómo le respondo.

Gálvez concluyó por ayudarle.

Y en agosto de 1918, como traductor del Comité de Información Pública del Gobierno de los Estados Unidos, se embarcó hacia N. York.

Su compañero Francisco Aguilera partió con diferencia sólo de días.

Arturo Torres Rioseco llegó a Nueva York en setiembre, a fines. Veamos cómo recuerda aquellos días:

*Estaba yo en Nueva York
descascarando el inglés,
y hacia fines de aquel mes
de setiembre del diez y ocho
me encontraba yo más mocho
que bolsillo de escocés (...)*

*—Vaya a ver a Montenegro
y veremos si no es bueno.*

*—¿Dónde vive? —pregunté.
—En Times Square se hospeda (...)*

*Detrás de un gran escritorio
estaba el amigo Ernesto;
yo soy ligero, y muy presto
le di de lleno el sablazo,
diciendo: —Mire, amigazo,
lo que yo quiero es un puesto.*

*Con una dulce sonrisa,
de hombre avezado a sufrir,
me dijo: —Acabo de oír
que en La Prensa hay un empleo.
Si no le teme al tecleo,
no hay nada más que decir.*

*Y así al punto me llevó
a ver a un tal Camprubi
y le dijo: —Traigo aquí
a este chileno escritor;
es un mozo de mi flor,
como la miel y el aji.*

El empujón de Ernesto Montenegro fue de gran eficacia.

En *La Prensa*, Torres hizo de todo, desde ir a comprar cigarrillos para el patrón (suegro de Juan Ramón Jiménez), hasta... escribir.

Cuando Torres Rioseco todavía no era nadie, estuvo en un consulado chileno, y se le invitó a almorzar para el día siguiente. Pero al día siguiente el señor cónsul había amanecido oportunamente indispuesto. Era que, al principio, había tomado por un Torres Rioseco a un Fulano que, en realidad, no era más que un Torres Rioseco.

El cual, en su equipaje había metido la antología *Selva Lírica*, libros de poemas, novelas, revistas y otros materiales útiles, y comenzado a dar a conocer valores todavía desconocidos por allá.

Sobre Gabriela publicó en *Nuestra América* (Buenos Aires), un artículo que no conocemos; y en marzo de 1920 uno en *Cosmópolis* (Madrid), que aquí reprodujo *Las Últimas Noticias* el 27 de abril siguiente.

Este último artículo, que la *Bibliografía* de Pinilla da como dos artículos distintos, concluye: *He hablado sobre Gabriela Mistral*, lo que nos hace suponer que fue dicho en alguna parte.

Torres Rioseco habló de Gabriela en varios lugares, tanto que don Federico de Onís, espíritu alerta, se entusiasmó, acumuló algunos ma-

teriales y en febrero de 1921 dio en la Universidad de Columbia una conferencia que desembocó en la primera edición de *Desolación*, la del Instituto de las Españas que había fundado don Federico.

Don Federico de Onís reconoció hidalgamente esa prioridad de Torres Rioseco, y la expresó en el prólogo de *Desolación* (ediciones de Nueva York, 1922, y Santiago, Nascimento, 1923):

“Unas cuantas poesías, muy pocas, y algunos datos acerca de su personalidad contenidos en artículos escritos por personas que tuvieron la fortuna y la clarividencia de conocerla y entenderla primero—sobre todo un artículo de nuestro compañero el intenso poeta chileno Arturo Torres Rioseco, profesor de la Universidad de Minnesota—pasaron las fronteras de Chile, corrieron por toda la prensa de habla española, se tradujeron a diversas lenguas, y bastaron a rodear el nombre de Gabriela Mistral del máximo prestigio y popularidad a que un escritor puede aspirar”.

Alrededor de *La Prensa*, había toda una colonia de artistas pintorescos: la *Poetry Society*: Salomón de la Selva, nicaragüense; Dimitri Ivanovich, colombiano; Ernesto Montenegro, chileno; Manuel Cestero, dominicano; Luis Enrique Osorio, colombiano; Luis Muñoz Marín, puertorriqueño (llamado a porvenir político); René Borgia, venezolano; Acario Cotapos, chileno; Roberto Brenes Mesén, costarricense, etc.

Brenes Mesén, educado en Chile, relacionó a Torres Rioseco con un dominicano que trabajaba con paciencia de sabio y de artista en los fríos de Minnesota: Pedro Henríquez Ureña.

Mientras tanto, Torres había entrado a la docencia: enseñó Castellano en el Williams College de 1919 a 1921.

Por recomendación del sabio dominicano y J. D. M. Ford, de Harvard, en 1921 había sucedido Torres Rioseco a Henríquez Ureña en la cátedra de lenguas romances de la Universidad de Minnesota, y entrado a hacer su primer curso en lo que iba a ser su fuerte: la literatura hispanoamericana.

Permaneció en Minnesota hasta 1925.

Su padrino Pedro se había trasladado a México, llamado a colaborar en la obra de José Vasconcelos.

Y desde allí lo hizo invitar en el verano de 1922 a un cursillo universitario de dos semanas.

En Minnesota, Torres Rioseco, simultáneamente con enseñar, había estudiado su *master*, que consiguió en 1925.

En 1924 hizo un viaje a Europa: España, Francia; trató en París a Unamuno y en Madrid publicó un estudio en que se adelantó años a lo que otros han confirmado más tarde: sus *Precursores del modernismo*.

Profesor asociado en la Universidad de Texas, 1925-1928, en el verano de 1927 va como profesor visitante a la Universidad de Columbia, donde don Federico de Onís ha hecho prodigios.

En 1928 se incorpora como profesor asociado a la Universidad de California, sede Berkeley, que desde entonces será su casa.

En 1930 obtiene el doctorado: su PH. D., con una tesis original y valiente, un poco refutación de la de Mapes sobre las deudas francesas de Darío y que, publicada por Harvard al año siguiente, será *Rubén Darío, casticismo y americanismo*.

De nuevo profesor visitante de la Universidad de México (1930), en 1931 es profesor asociado en la Universidad de Stanford (California), y en 1932, becado por Guggenheim, vuelve a Chile, después de 14 años de ausencia.

*Ausencia de catorce años,
marinero en tierra extraña,
por acordarme de ti
tengo las sienes de plata;
si quieres guardarme el vuelo,
acaríciame las alas.
¡Qué dulces ojos me pones,
qué suaves manos, oh patria!*

En 1931, había caído la dictadura del general Ibáñez, que tanto combatió desde el extranjero el chileno vagabundo.

Ahora, es doblemente triunfador. Pero no deja de haber melancolía en sus versos, como en los de *Estrellas*, probablemente algo anteriores:

*Estrellitas
de la lejanía,
una sois tristezas;
otras, alegría...*

*¡Oh, viejas estrellas
de la patria mía!*

*En San Francisco,
bajo la bahía,
sois las pescadoras
de melancolías,
porque pienso, estrellas,
en la patria mía.*

*En Sevilla os vi
al caer un día,
rojas como sangre
de toro en la ría,
rojas como el alma
de la patria mía.*

*En New York la noche
de acero me hería,
y en el Hudson una
estrella caía,
como cae el alma
de la patria mía.*

*La princesa Estrella
cautiva vivía
de un Ogro tirano
que la perseguía,
como vive el cuerpo
de la patria mía...*

*Estrellitas
de la lejanía,
unas sois tristezas;
otras, alegría...
¡Oh, viejas estrellas
de la patria mía!*

En 1940 vuelve a Santiago a las escuelas de temporada.

Repite la venida en 1943, pero ahora de paso, becado por Rockefeller para estudiar las letras brasileñas. (Hasta entonces su literatura americana había sido la hispanoamericana; en adelante será iberoamericana).

En esa ocasión, ve en Buenos Aires por última vez a su maestro Pedro Henríquez Ureña, ya muy gastado.

Conquista a Río en ocho meses cálidos (1944).

Regresa a Chile en 1961 y ahora, en 1966.

Culminada su carrera académica con el cargo de profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de California, sede Berkeley, en 1956-60 es jefe del departamento de Castellano y Portugués; pero él no desdeña impartir enseñanza en otros centros:

Universidad de Columbia (1939), Universidad de Colorado (1939 y 1951); Bryn Mayr College, Pennsylvania (1943); Universidad de Chile (1941); Mills College (1945, 1948); Casa del Estudiante, Río de Janeiro (1944); Duke University (1945); Universidad de San Carlos, Guatemala (1946), Universidad de New México (1950), Universidad de Guadalajara (1960); Universidad de Washington (1961); Emery University (1962).

Y le siguen lloviendo títulos y honores: después de ser miembro del Harvard Council of Spanish American Studies (1931), será presidente del Instituto Interamericano de Literatura Iberoamericana (1943-45 y 1953-55); asesor del departamento de Estado en la sección Española de la ONU (1945); asesor designado por el presidente electo Kennedy para el Comité de Relaciones con Latinoamérica; representante del gobierno de Chile en el centenario de don José Toribio Medina en Washington (1952); invitado por la Universidad de Columbia a la celebración del bicentenario (1954); huésped de honor del gobierno de Puerto Rico (1957); de la Universidad de Columbia (1959); invitado por la Biblioteca del Congreso, Washington, en enero de 1961, a dar conferencias; miembro de la Hispanic Society; miembro honorario de la Academia Mexicana de la Lengua, y de la de Panamá; de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico; redactor de *Books Abroad*, codirector de la *Revista Hispánica Moderna*, director de la *Revista Iberoamericana* (1957-59)... ¿qué no ha sido Arturo Torres Rioseco?

Ensayemos una lista de sus libros y folletos:

En el encantamiento (poemas), San José de Costa Rica, prólogo de Roberto Brenes Mesén, 1921.

Walt Whitman (estudio y antología), J. García Monge, San José de Costa Rica, 1922.

Precursores del modernismo (estudios), Madrid, Calpe, 1925.

José Ingenieros (estudio), Texas, 1926.

- Chilean Short Stories* (introducción, notas y vocabulario, en colaboración con Margaret K. Kress), Prentice Hall, N. York, 1929.
- Poemas inéditos de Fr. Manuel de Navarrete* (estudio y texto), México, 1929.
- Rubén Darío: casticismo y americanismo*; estudio precedido de la biografía del poeta (tesis doctoral), Harvard, Cambridge, 1931.
- Mexican Short Stories* (notas y vocabulario, en colaboración con E. R. Sims), N. York, 1932.
- Ausencia* (poemas), Santiago de Chile, imprenta Universitaria, 1932.
- El libro del buen humor* (texto escolar) (colaboración de L. B. Simpson), N. York, 1932.
- Bibliografía de la novela mejicana*, Harvard, Cambridge, 1933.
- La Poesía lírica mexicana* (estudio), Santiago de Chile, 1933.
- Rubaiyat*, de Omar Khayam (traducción), Santiago de Chile, 1934.
- Bibliografía de la poesía mexicana* (con Ralph E. Warner), Harvard, Cambridge, 1954.
- Mar sin tiempo* (poemas), México, 1935.
- Ensayo de bibliografía de la literatura chilena* (colaboración de Raúl Silva Castro), Harvard, Cambridge, 1936.
- Luis Cané* (folleto crítico-biográfico), Buenos Aires, 1936.
- Cartilla mexicana* (libro de texto, con Edwin S. Morby), N. York, 1938.
- Antología de la literatura hispanoamericana*, N. York, 1939; reimpressiones en 1941 y 1961.
- La novela en la América Hispana*, Berkeley-Los Angeles, 1939; reimpression en 1941.
- Novelistas contemporáneos de América*, Nascimento, Santiago de Chile, 1939 (en el lomo, 1940).
- Grandes novelistas de la América Hispana. I: Los novelistas de la tierra*, Berkeley and Los Angeles, 1941.
- Canto a España viva* (poema), México, 1941.
- The Epic of Latin American Literature*, Oxford University Press, N. York, 1942. Reediciones en 1946, 1956 y 1959. La de 1959 fue hecha por la Universidad de California.
- Grandes novelistas de la América Hispana. II: Los novelistas de la ciudad*, Berkeley and Los Angeles, 1943.
- Contemporary Spanish Grammar* (con Edwin B. Place), N. York, 1943.
- Lector hispanoamericano* (texto escolar, con Luis Monguió), Boston, 1944.

- Vida y poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, Emecé, 1944; reedición de 1945, con título de *Vida, pasión y muerte de Rubén Darío*.
- 22 poemas, edición de la *Revista Iberoamericana*, 1945.
- La gran literatura iberoamericana*, Buenos Aires, Emecé, 1945. Reediciones de 1951, 1960, 1961, 1964. Desde 1960, con el título de *Nueva Historia de la gran literatura iberoamericana* y con aumentos.
- Expressão literaria do Novo Mundo*, Río de Janeiro, 1945.
- Poesías*, Porto Alegre, Brasil, 1956 (traducción al portugués por Manuel Bandeira, Carlos Drumond de Andrade, Cecilia Meirelles, Jorge de Lima, etc.). Prólogo de Gabriela Mistral.
- La última vez que florecieron las lilas en el patio*. (Traducción de Walt Whitman), México, 1946.
- Californian Adventure*, San Francisco, 1947. (Traducción, en colaboración de E. S. Morby, de los *Recuerdos del pasado* de Vicente Pérez Rosales en la parte referente a California).
- Estanislao del Campo: *Fausto*, N. York, 1947.
- Elegías* (poemas), México, 1948.
- New World Literature*, Berkeley and Los Angeles, 1949.
- Antología poética y crítica de Rubén Darío*, Guatemala, 1949; reedición de la Universidad de California, 1949.
- Antología de poetas precursores del modernismo*, Washington, Pan American Union, 1949.
- The Family in Latin America*, 1949.
- Contemporary English, French and Spanish Literature* (con la colaboración de F. Carmody y W. C. Brown), Dubuque, Iowa, 1951.
- El frijolito saltón* (texto escolar), Boston, 1953.
- Ensayos sobre literatura latinoamericana* (Primera serie). Tezontle, México, 1953.
- Llama de amor viva*, 1955.
- Pájaro herido* (poema), Río de Janeiro, 1955.
- Cautiverio* (antología poética, 1940-55), México, De Andrea, 1955. Prólogo de Gabriela Mistral.
- Breve historia de la literatura chilena*, De Andrea, México, 1956.
- Relatos chilenos* (introducción, notas, vocabulario, en colaboración con Arnold Chapman), N. York, 1956.
- Ensayos sobre la literatura latinoamericana*. Segunda serie, Tezontle, México, 1958.
- Madurez de la muerte* (poemas), Valencia, Castalia, España, 1959.
- Antología escolar de la poesía mexicana* (con Juan B. Rael), Guadalajara, México, 1960.

- Aventura mexicana* (teatro escolar), N. York, 1962.
Autobiografía (poemas), Madrid, 1962.
Gabriela Mistral (estudio), Valencia, España, 1962.
Stories from Latin America (con Zoila Nelken), N. York, 1962.
Aspects of Spanish American Literature, University of Washington, Seattle, 1963.
Panorama de la literatura iberoamericana, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1963.
La hebra en la aguja (estudios y ensayos), Cultura, México, 1965.

Verdad que antes de él existieron allí maestros como Henríquez Ureña y Federico de Onís, pero respecto a cosecha en libros, no hay ninguna insolencia en considerar a Arturo Torres Rioseco el verdadero iniciador de la crítica de la literatura hispanoamericana en los Estados Unidos.

Comenzó por ser encarnizadamente estudioso y de una constancia modelo.

Manuel Olguín procuró una vez rastrear los principios fundamentales del sistema estético de Torres Rioseco: sencillez y honradez estética, que conducen a la verdad psicológica; intensidad social, que equivale a decir: fidelidad en la interpretación de la realidad.

Nosotros agregaríamos su devoción a Nuestra Señora la Poesía, clave de casi toda su actuación de escritor.

Así armado, exige de los críticos "tres requisitos indispensables a su profesión: sensibilidad, talento, conocimiento de causa".

Y en otra parte:

"El deber de los críticos es establecer valores. Es ésta una tarea ingrata, con recompensa a largo plazo. El crítico tiene la obligación de descubrir al escritor auténtico, de poner de relieve sus méritos, de alentarlos y de orientarlos, de velar por la honradez artística, de destruir los mitos y fraudes literarios. El crítico hispanoamericano tiene el supremo deber de mantenerse en posición independiente, de oír sólo la voz de su cultura, de su inteligencia y de su sensibilidad. Desgraciadamente, la mayoría de nuestros críticos hace lo contrario. Son sectarios, personalistas, apasionados, rutinarios, acomodaticios y aduladores.

Repito que el crítico de nuestra América debe concebir su profesión como un magisterio" (*La hebra en la aguja*, p. 138).

En cuanto a él, bromea que ha escrito a muchos kilómetros de distancia. No le alcanzan los compadrazgos.

En sus trabajos historicocríticos generalizadores, panorámicos, ma-

nifiesta capacidad de síntesis; y en los más centrados en un tema restringido, es más preciso, como que pisa terreno más firme. Ya lo reconocía, muy a pesar suyo, Alone (*El Mercurio*, 6-x-1940), hablando de *Novelistas contemporáneos de América*: "De las cuatrocientas y tantas páginas que componen la obra, más de un tercio se dedica a ese trabajo de presentación objetiva, indispensable". "Pero el libro no me ha parecido farragoso, ni mucho menos pesado, sino entretenidísimo, nutrido, directo, con materiales de primera mano y valioso hasta en sus defectos".

Como en el caso de los maestros Enrique Díez Canedo y Alfonso Reyes, Torres Rioseco frecuenta el verso desde el comienzo y jamás ha abandonado su práctica.

Y es que su sensibilidad poética es una de las bases de su personalidad.

Y emplea todas las formas, desde el romance octosílabo, la lira de fray Luis y el soneto, hasta la décima, la sextina gauchesca y las combinaciones irregulares.

¿Los temas? Todos, naturalmente, desde el amoroso y la nostalgia de la patria, hasta el tiritón ante la muerte.

Pero aquí queremos insistir especialmente en su capacidad para experimentar y expresar el amor a la mujer.

Dos muestras, separadas por varios años. La primera, además, fuera de poesía amorosa, la podemos tomar como un plan general de felicidad en la vida.

EGLOGA

*Era mi gran deseo
tener un huerto y un rosal,
para leer ahí mis églogas,
comer mis frutas y mi pan.*

*Tuve el rosal y el huerto,
el corazón pidió algo más...
Salí a buscar la compañera
para reír, para soñar.*

*Vino la compañera
y hubo pan nuevo y nueva miel...
Ella es como una llama
en mi sentir y en mi saber.*

*El huerto y el rosal,
la compañera, el pan, la miel...
Hombres: He aquí la vida;
he aquí el fruto del saber.*

(Revista PRISMA, enero de 1922, p. 37).

Y ahora, el primer soneto a Rosalía, en el libro *Cautiverio* (México, 1955):

*En esta soledad que yo respiro
de dorados matices otoñales,
sólo la brisa a veces da señales
de querer penetrar en mi retiro.*

*A vivir en su seno sólo aspiro,
libre de los trabajos materiales,
dominado por ritmos esenciales
que se desprenden de su propio giro.*

*Estoy solo, sin ansia ni congoja,
me acompaña la sombra de una hoja,
a veces la constancia de una brisa,*

*Deja mi soledad iluminada
la mística quietud de tu mirada
y la pequeña luz de tu sonrisa.*

En otros campos, también ha escrito cuentos Torres Rioseco. Conocemos dos, publicados en la REVISTA NACIONAL DE CULTURA, de Caracas: *Breve eterno amor* (n. 62) y *A bordo* (n. 104), ambos dignos de ser más conocidos.

Característica suya muy notoria es también su proclividad a la amistad. No hay sino que recorrer sus libros poéticos y sus estudios sueltos, para convencerse de ello.

Y eso, claro, está relacionado con su disposición para estimular, para ayudar ("¡A cuántos no ha ayudado Torres Rioseco!", exclama por ahí el argentino Roggiano).

Lo cual, sin embargo, no ha influido para inclinar su vara de juez digno de su nombre.

Hace años, alguien (creo que el colombiano García Prada) lo pintó "alto, atlético, de aspecto imponente e inteligentes ojos, cabellos blancos, tez rosada, expresión sonriente".

¿Ha cambiado mucho Torres Rioseco?

Creemos que no, salvo en lo de atlético.

Hoy, a los casi 70 años, y con una obra copiosa a su favor, sigue trabajando como cuando en 1921 lo apadrinó el gran Pedro Henríquez Ureña; como cuando en *Cosmópolis* de julio de 1921 Francisco Aguilera lo llamaba "el que vendrá".